

A.C.N. DE P.

AÑO XXI

15 de diciembre de 1945

NUMERO 362

NUEVOS OBISPOS ESPAÑOLES

Han sido designados los de Jaca, Mondoñedo y Solsona

Recientemente han sido hechos públicos los nombramientos del reverendísimo señor don José Bueno Monreal, canónigo doctoral de la santa iglesia catedral de Madrid, para Obispo de la diócesis de Jaca; del reverendo señor don Fernando Quiroga Palacios, canónigo lectoral de la santa iglesia catedral de Valladolid, para la sede episcopal de Mondoñedo; del reverendo señor don Vicente Enrique Tarancón, arcipreste de Villarreal, para la de Solsona, y del reverendísimo señor don Máximo Yurramendi y Alcáin, canónigo de la santa iglesia catedral de Madrid, para la administración apostólica de Ciudad Rodrigo.

Don José Bueno

El nuevo Obispo de Jaca, don José Bueno Monreal, nació en Zaragoza el 11 de septiembre de 1904. A los diez años de edad ingresó como alumno en el seminario de Madrid, donde cursó sus estudios de Latín, Humanidades y Filosofía.

En 1921 salió a Roma para cursar el doctorado de Teología en la Gregoriana, así como los doctorados de Filosofía y Derecho canónico, en cuyas pruebas obtuvo la calificación máxima de "Summa cum laude".

De regreso a España, la Jerarquía le designó para explicar la cátedra de Teología dogmática del seminario de Madrid.

En 1929 fué nombrado teniente fiscal de la Curia.

En la actualidad, además de estos cargos, desempeñaba el de profesor del Instituto de Cultura Religiosa Superior.

Don Fernando Quiroga

El nuevo Obispo de Mondoñedo, don Fernando Quiroga Palacios, nació en el año 1900 en San Pedro de Maceda (Orense). Hizo sus primeros estudios en el seminario de la capital y los de Teología en Santiago de Compostela, donde tomó la licenciatura, siendo enviado a Roma en 1925 para proseguir los estudios y especializarse en Sagrada Escritura. En 1928 obtuvo su primer destino, en Orense. En 1930 fué nombrado director espiritual del seminario. En 1942, lectoral de Valladolid.

Durante su estancia en Orense creó y fué consiliario del Centro de Propagandistas, ocupó el cargo de director espiritual de la Adoración Nocturna y

Don Máximo Yurramendi, elevado a la dignidad episcopal

HA SIDO NOMBRADO OBISPO TITULAR DE MESSENE Y ADMINISTRADOR APOSTOLICO DE CIUDAD RODRIGO

Don Máximo Yurramendi, nuestro querido consiliario general, ha sido nombrado Obispo titular de Messene y administrador apostólico de Ciudad Rodrigo. El deber de vernos privados de tan ejemplar, laborioso y santo director espiritual de la Asociación, queda compensado por el gozo de verle elevado a la dignidad episcopal.



Don Máximo Yurramendi nació en Urmieta (Guipúzcoa) el 30 de julio de 1897, y estudió en el seminario de Andoain Latín y Humanidades, y en el de Vitoria, Filosofía, de donde salió en 1918 para cursar sus estudios de Teología en el Colegio Español de Roma, doctorándose en Filosofía por

consiliario diocesano de la Acción Católica (Rama de los Hombres).

Don Vicente Enrique Tarancón

El nuevo Obispo de Solsona, don Vicente Enrique Tarancón, nació en Burriana el año 1907. Comenzó sus estudios en el seminario de Tortosa en 1917, y los terminó en Valencia, doctorándose en Teología en 1929. El mismo año cantó misa en su ciudad natal. Marchó a la Casa del Consiliario, de Madrid, el año 1931, desde donde ha recorrido toda España en misión de propaganda de la Acción Católica.

En 1942 fué designado arcipreste de Villarreal, donde se encuentra actualmente.

Es autor de varios libros religiosos, especialmente dedicados a la Juventud de Acción Católica y para ejercicios espirituales. Desempeñaba el cargo de consiliario del Consejo Diocesano de la Juventud Femenina de Acción Católica.

la Academia de Santo Tomás, y de Teología, por la Universidad Gregoriana. Obtuvo también el premio extraordinario de Santo Tomás de Aquino en la Academia de este nombre e intervino en diversas disertaciones en la Universidad Gregoriana.

De regreso de Roma fué profesor en el seminario de Vitoria y después en el de Madrid, en las cátedras de Teología dogmática e Historia de la Filosofía. En 1922 fué ordenado sacerdote, y al año siguiente ocupó la secretaría particular del obispado de Madrid-Alcalá, hasta 1929.

En 1925 fué también nombrado canónigo de la colegiata de Alcalá de Henares, hasta 1940, que pasó a la alta dignidad de canónigo de la catedral de Madrid.

Durante muchos años fué profesor de Criteriología de la Escuela de Periodismo de "El Debate", y ha explicado varios cursos de Filosofía en el Centro de Estudios Universitarios.

Actualmente era profesor del Instituto Central de Cultura Religiosa Superior.

Entre sus numerosos trabajos, en los que se reveló como una de los mejores maestros de la Teología española, figuran el libro titulado "Lope de Vega y la Teología" y "Fundamentos racionales del dogma católico", así como otras interesantes publicaciones y artículos periodísticos, que le han valido gran número de premios y distinciones, tanto en España como en el extranjero.

La prensa ha puesto de relieve en esta ocasión su bondad excepcional, su gran comprensión ante toda clase de problemas y su juventud, llena de optimismo y de vida, que, unidos a sus grandes dotes intelectuales y a su vocación apostólica, hacen presumir de él una actividad pastoral fecunda y llena de aciertos, que con el más puro de los deseos pedimos de todo corazón al Altísimo.

NOTICIAS

El consiliario del Centro de Granada, padre Felipe Alonso Bárcena, S. J., ha sido nombrado rector del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en La Cartuja (Granada).

Días antes había celebrado, en una sencilla solemnidad religiosa, con los propagandistas granadinos, el XXV aniversario de su primera misa.

—Ha sido concedido el premio nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera a nuestro compañero Leopoldo Eulogio Palacios. Enhorabuena.

—En las recientes oposiciones a inspectores de Primera Enseñanza de Madrid y Barcelona, y tras brillantísimos ejercicios, ha obtenido el número uno nuestro compañero del Centro de Madrid Alfonso Iniesta Corredor, y el número cinco don Marcelino Reyero, también de este Centro. Enhorabuena.

—El secretario del Centro de La Coruña, Ricardo Fernández Cuevas, ha sido nombrado presidente de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de dicha ciudad.

—Nuestro compañero del Centro de Madrid Francisco Ipiña ha sido nombrado secretario general del Instituto de Actuarios Españoles.

—Segundo Carrera, del Centro de Vigo, ha tenido la satisfacción de ver aumentada su familia con la segunda de sus hijas, María Teresa.

—Los miembros del Centro madrileño Antonio Melchor de las Heras, abogado del Estado en la Vicepresidencia del Gobierno, y Francisco Ruiz de Diego, secretario general de la Confederación de Cajas de Ahorro benéficas, se han casado en el mes de mayo. E!

Curso para obreros del Centro de Vitoria

El Centro de Vitoria ha creado un curso especial de estudios sociales en las escuelas obreras Tierra, en el que se desarrolla el siguiente temario:

1., "Autoridad de la Iglesia en materias económico-sociales"; 2., "La personalidad humana"; 3., "La familia"; 4., "La sociedad"; 5., "La autoridad"; 6., "El Estado"; 7., "La Iglesia. Relaciones con el Estado"; 8., "Causas finales del orden social. Fin intelectual"; 9., "Fin moral"; 10., "Fin económico"; 11., "La propiedad"; 12., "El trabajo"; 13., "El salario"; 14., "El capital"; 15., "La empresa"; 16., "Relaciones entre el capital y el trabajo"; 17., "El Estado en las relaciones entre el capital y el trabajo"; 18., "Organizaciones sindicales"; 19., "La cuestión social. Causas y soluciones".

El Centro de Vitoria tiene el propósito de ampliar más estos proyectos sociales y crear una escuela social.

La A. C. N. de P.
distribuye los volúmenes que
publica la B. A. C.

El último aparecido es
EL TRATADO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

primero con la señorita María del Pilar Santaolalla y el segundo con la señorita María del Carmen de la Mora.

A todos ellos nuestra cordial felicitación.

Nuestro compañero Guillermo Ramón Mur ha visto alegrado su hogar con el nacimiento del quinto de sus hijos, a quien se le han impuesto los nombres de Antonio Javier.

—El propagandista del Centro de Gijón Miguel Jove Ramírez tiene la dicha del nacimiento de su segundo hijo, que en el sacramento bautismal recibió el nombre de Matías.

—Antonio García Vinuesa, del Centro de Madrid, ha sido ascendido en la carrera fiscal, continuando en la fiscalía de la Audiencia de Madrid.

—Mariano Gimeno, del Centro de Valladolid, ha sido ascendido a magistrado de entrada, continuando en su destino de juez de dicha capital vallisoletana.

—Pedro Rocamora, del Centro de Madrid, ha sido nombrado presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos Agustinos.

—Nuestro compañero del Centro de La Coruña Jesús Babio ha sido nombrado presidente del Tribunal Tutelar de Menores en dicha ciudad.

ACTIVIDADES DE LOS CENTROS

BILBAO

El Centro de Bilbao ha visitado al Obispo de su diócesis en Vitoria para exponerle la labor que realiza, habiendo recibido palabras de aliento y estímulo de la jerarquía para proseguirla.

Se celebran con gran esplendor los primeros viernes, a los que concurren gran número de miembros.

GRANADA

El ilustrísimo señor Obispo de Málaga, al concurrir a los actos de la Asamblea anual de Acción Católica de Antequera, presidió una conferencia del secretario del Centro granadino, Julio Moreno Dávila. Al final de ella, el Prelado pronunció calurosas palabras de elogio de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, elogiándola como difusora ejemplar del pensamiento y las doctrinas del Papa, y encomiando su importancia como obra de apostolado seglar.

En la Asamblea de la Acción Católica de Antequera, y en un cursillo sobre "La familia", intervinieron, en días sucesivos, los propagandistas granadinos Aquilino Morcillo Herrera y Julio Moreno Dávila.

PAMPLONA

Este Centro inauguró sus tareas del presente curso el día 14 de octubre pasado con un acto piadoso celebrado en la capilla de los Consejos Diocesanos de Acción Católica. Después del canto del "Veni Creator Spiritus", el consiliario del Centro, reverendo doctor don Pablo Gúrpide, dirigió una sentida plática a los propagandistas.

El 16 de noviembre el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de la dióce-

El premio Bofarull, a un trabajo sobre el Cardenal Pacheco

Se ha reunido el Patronato del premio Manuel de Bofarull para fallar el concurso de 1945, que versaba sobre el tema "Aportación española al concilio de Trento", habiendo acordado por unanimidad conceder el premio al trabajo que lleva por título "El Cardenal Pacheco, Obispo de Jaén", que fué una de las figuras más relevantes del concilio y la que estuvo al frente de la representación española.

El autor premiado es el presbítero don José Pérez Carmona, de Reinosa, al cual se hará entrega del premio en un acto público que oportunamente se anunciará.

El Patronato recuerda que está anunciado el concurso del año 1946 para premiar el mejor trabajo que se presente al tema "Coincidencias fundamentales en el pensamiento político-católico español en el siglo XIX" (Balme, Donoso, Aparisi, Cánovas, Mella, Maura, Menéndez y Pelayo...).

Los trabajos para optar a este premio se presentarán en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (Casa de San Pablo, Alfonso XI, 4, 4.) antes del día 30 de noviembre próximo.

sis recibió a los propagandistas en su palacio, los cuales le ofrecieron sus actividades del curso. El señor Obispo elogió cálidamente la labor de la Asociación, alentó a los propagandistas a proseguir sus actividades al servicio de la Iglesia y, finalmente, dió su bendición a todos los reunidos.

Nuevamente se reunieron en el palacio episcopal los propagandistas de Pamplona junto con la Junta y Consejos Diocesanos de Acción Católica el domingo 18 de noviembre con motivo de los actos de la primera Asamblea de la Acción Católica de la diócesis e imposición de la encomienda de San Gregorio el Magno al presidente de la Junta diocesana, don Daniel Nagore. Terminada la misa de comunión, celebrada por el señor Obispo, los propagandistas se reunieron en fraternal desayuno con don Daniel Nagore y el presidente de la Junta Técnica de Acción Católica y consejero de la Asociación, Alfredo López. El acto público de la Asamblea congregó en el teatro Gayarre a una enorme cantidad de católicos navarros para escuchar, además de al señor Obispo y otros oradores, un elocuentísimo discurso de Alfredo López, que fué interrumpido varias veces con calurosos aplausos.

Además de la misa de comunión de los primeros viernes, el Centro ha celebrado con regularidad los Círculos de Estudios, dedicando dos sesiones a información de las asambleas de Loyola, tres al estudio de la encíclica "Summi Pontificatus", una al problema de la vivienda en Pamplona y otra a actualidades. El resto del curso lo dedicará preferentemente el Centro al estudio del magisterio supremo de Pío XII sobre la cuestión social y su aplicación concreta a España.

EL PENSAMIENTO POLITICO DE CANOVAS Y SU EPOCA

Ponencia de don Luis Díez del Corral en el Círculo de Estudios de Madrid

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ JULIA: Es posible que vosotros los circuilistas habituales creyerais que habíamos olvidado el temario fundamental que teníamos el pasado año para concluir en este: las ideas de nuestros grandes políticos católicos del siglo XIX. Pero no ha sido así, sino que lo hemos interrumpido debido a la presión de las circunstancias, que nos han obligado a oír una serie de informes interesantísimos sobre los viajes que distintos compañeros nuestros y sacerdotes amigos han realizado al extranjero.

Hoy reanudamos el Círculo con nuestro temario. Recordaréis que se estudió a Balmes, a Donoso, a Aparisi. Entramos ahora en la era casi contemporánea con Cánovas, Vázquez de Mella y Menéndez y Pelayo.

Hoy nos va a hablar de Cánovas del Castillo nuestro querido Díez del Corral, que no es nuevo en esta casa ni tampoco su nombre lo es en las lides católicas. Es hijo de Díez del Corral, a quien la mayoría de vosotros conocisteis como presidente de una de las obras sociales católicas más importantes que han existido en nuestra Patria. Díez del Corral fué profesor en nuestro C. E. U., después vino la guerra y tras brillantes oposiciones ha ganado la plaza de letrado del Consejo de Estado. Es también jefe de la Sección de Estudios del Instituto Político, y acaba de publicar un gran libro sobre el liberalismo doctrinario, que sin duda muchos de vosotros habréis leído. Este libro será seguido de otro sobre Cánovas del Castillo, de quien nos va a hablar hoy. Tienes la palabra.

I

La doble vertiente de las ideas políticas

Sin duda alguna, entre los más difíciles problemas que se plantean a la investigación histórica se cuentan los que ofrece el estudio de las ideas políticas. Todo el extraordinario esfuerzo realizado en los últimos decenios en orden a la comprensión histórica ha tropezado y tropieza con las dificultades especiales que presentan esas entidades ambiguas, tornadizas, omnificéticas, que son las tales ideas. Respecto a las estéticas, por ejemplo, los problemas metódicos planteados son, en definitiva, más sencillos, porque el contenido sobre que versan es más homogéneo, encuéntrase aproximadamente situado en un mismo plano, en buena parte aislado de la trama compleja en que consiste la realidad histórica.

Claro es que se trata de un aislamiento en que ha operado de manera importante la simplificación lógica. Hoy en día, con todos sus excesos e insuficiencias, la idea unitaria de cultura ha puesto bastante de relieve la interna referencial e implicación de los distintos sectores culturales, por emplear esta expresión. Mas, sin embargo, en bastantes de ellos es posible trazar con más o menos rigor líneas fronterizas que circunscriben figuras dotadas de autonomía, en las que es posible seguir el proceso del desarrollo histórico con un sentido de interna consecuencia.

Es posible saltar en el terreno de las ideas estéticas, por ejemplo, de un pensador o artista a otro, descubriendo entre ellos la línea de concatenación, sin necesidad de desviar demasiado la mirada en busca del soporte sociológico o histórico real que a aquéllos sustente. En el campo de la Historia de la Filosofía los distintos momentos presentan una tal independencia de su marco histórico concreto, que en buena parte cabría sostener que carecen de auténtica dimensión histórica y se presentan con vigencia de actualidad.

Por eso ha sido posible que Aristóteles resucitara varias veces a lo largo de los siglos y fuera motor fecundo del pensamiento filosófico. Lo que no puede resucitar es el conjunto de ideas políticas en torno a la polis. La polis y su política pertenecen al pasado que no reaparece. Las ideas políticas no flotan en esa elevada atmósfera especulativa, donde las figuras se perfilan en el campo sereno de sempiternas constelaciones, sino—si me permitis prolongar el símil—en región muy sublunar e inmediata a la corteza terrestre, donde son frecuentes las nieblas, los vendavales y los estruendos. Por su origen, su formulación y su destino las ideas políticas se encuentran en muy estrecho contacto con la realidad social. Son, de una parte, interpretaciones y esquematizaciones de esa realidad, y se encuentran, por tanto, sujetas a sus frecuentes cambios; de otra parte, son armas o instrumentos para modificarla. Quien deje de tener en cuenta esta directa referencia del mundo de las ideas políticas al de los concretos fenómenos de la política práctica, y propenda a extasiarse demasiado ante determinadas construcciones teóricas, ha errado indudablemente el camino para llegar a la entraña de esas extrañas, por cotidianas, entidades que se propone estudiar.

Esto no quiere significar ni mucho menos deslizar en un verdadero relativismo de las ideas políticas. Si por un lado tales ideas se encuentran referidas a la mudable realidad concreta, por el otro lado dicen relación a ideas y valores de un orden superior. Aquella textura flúida y variable tiene como contrapartida esencial la referencia de esas ideas a instancias más estables del pensamiento y de la vida humana, por donde reciben las políticas trabazón y encaje dentro del cosmos de la cultura. Corta vista tendría el investigador de las ideas políticas que no tratara de poner orden en el agitado campo de su estudio, trazando al efecto las sutiles líneas que subordinan tales ideas a los vértices supremos de la metafísica y de la religión, para descubrir, acaso en los rincones más alejados aparentemente de tales centros, reflejos de actitudes fundamentales ante el mundo o fenómenos de secularización.

El estudio de las ideas políticas ofrece una especial dificultad, porque presentan esa doble vertiente de difícil conjugación para la mirada del observador. Sin embargo, es totalmente imprescindible esforzarse por abarcar

las dos vertientes a la vez, si se quiere descubrir a fondo el contenido y el emplazamiento de tales ideas. Es preciso poner de relieve el lado mudable, relativo, circunstancial, agudizando todo lo posible la vista para percibir el aspecto palpitante de ideas tan directamente relacionadas con la vida social; mas de otra parte, menester es alargar la mirada para discernir las perspectivas amplias que tras ellas se descubren y analizar los enlaces en que se encuentran prendidas respecto de ideas y valores de orden superior.

Pero esta dependencia no es unívoca en el sentido de determinar de una manera fija el contenido de tales ideas políticas, sino que sólo implica orientaciones y rumbos de carácter general, dentro de los cuales las concretas posiciones han de ser determinadas por la conjunción de otros factores más reales y variables. Esa articulación es la que interesa poner en claro, y tanto pediría a esos efectos el que quisiera imponer una interpretación sociologista de tales ideas, pretendiendo agotar desde abajo su significado, como el que, llevado por abstractas tendencias ideológicas, quisiera fijarlas o desentrañarlas por completo partiendo de supuestas premisas, con desprecio de las mudables condiciones históricas.

II

Nuestra actitud frente al siglo XIX

Perdónese esta abstracta introducción en razón de su necesidad para disponer de los adecuados presupuestos metódicos con que adentrarse en el estudio del tema. La Historia, inevitablemente, se escribe y se contempla desde determinadas posiciones, y las del hombre de nuestros días se han visto demasiado conmovidas para que no influyan en su manera de enfocar el pasado y, por tanto, para que no tenga que hacerse cuestión, antes de clavar su mirada en un determinado acontecimiento o personaje histórico, de una serie de problemas previos, que acaso en épocas más asentadas y normales se daban por supuestos o eran ignorados de puro evidentes.

Los acontecimientos del pasado no pueden ser comprendidos aislados unos de otros sino en grandes conexiones; no tiene interés propiamente histórico preguntarse por un suceso solitario sin ponerlo de relieve sobre su mundo circundante, que puede ser más o menos amplio, pero que espontáneamente tiende a dilatarse, de manera más o menos tácita, hasta coincidir con una época histórica. La verdad es que si no se comprende unitariamente una determinada época, se podrá saber mucho sobre los particulares de cierto fenómeno histórico en ella ocurrido, acaso demasiado, pero nunca se acabará de descubrir su verdadero significado, porque sólo se revela éste sobre una amplia perspectiva. Algo de esto era lo que pasaba con nuestro saber sobre el siglo anterior. La historiografía positivista podía llegar a reconstrucciones detalladas y rigurosas, cuya dificultad principalmente estribaba en la excesiva abun-

dancia de materiales; pero, por mucho que fuera lo que se supiera sobre tal siglo, por finos que resultaran los trabajos históricos y por similar que fuese el aliento de nuestro vivir con el de la anterior centuria, el lector del siglo XX encontrábase escasamente satisfecho.

Faltaba distancia para enfocar objetivamente acontecimientos tan recientes; sus consecuencias estaban todavía demasiado vivas para que pudieran considerarse suficientemente desenvueltas e incluirlas con su valor efectivo en esa gran partida de contabilidad en que consiste la Historia. Todo estaba un poco como en suspenso, incluso los acontecimientos primeros del siglo, en espera de que maduraran sus frutos. En una palabra: se carecía de una idea clara sobre los contornos de una época tan nutrida e innovadora, y esta falta de nociones generales repercutía sobre la inteligencia histórica de los distintos elementos y episodios que la integraban. Para limitarnos a un ejemplo cercano: en el terreno de las ideas políticas se había reflexionado bastante sobre pensadores particulares, determinados problemas o corrientes ideológicas; pero como no se contaba con una idea demasiado clara de lo que era el liberalismo—hasta fecha bien reciente ni siquiera existía un libro que abarcara el conjunto del liberalismo—, no se podía tener tampoco idea clara de lo que eran los liberales en particular.

Se me dirá que la única forma de saber lo que fuera el liberalismo consistía en llegar a él a través de sus representantes concretos. Esto es ciertamente verdad, pero sólo en parte. En frente de esa tesis, resulta que muchas veces en la Historia—por emplear esta terminología discutible en ella—, lo general está antes que lo particular. Para poder llegar a tener una cierta idea rigurosa sobre lo que era el liberalismo resultaba preciso divisarlo en su conjunto, desde un terreno que históricamente no le perteneciera en cierto sentido; es decir, era preciso vivir en una forma de vida política que hubiese dejado atrás o hubiera puesto de manifiesto, al menos, la crisis interna del liberalismo. Era menester que el siglo XIX se convirtiera, en una palabra, en época histórica, aislada de nosotros por uno de esos cortes profundos con que la Providencia divide el transcurso de la historia.

Una primera incisión cruenta fue practicada por la Guerra Europea, pero tras ella la vida trató y aun consiguió rehacerse con propósito de continuidad. La segunda Guerra Mundial ha propinado un golpe fatal y, cortando la trama consecuente de la Historia, ha constituido definitivamente el siglo XIX en época histórica con neto perfil, trágicamente delimitado por dos grandes series de guerras mundiales. Circunscrita así la centuria décimonona—la centuria como categoría histórica no debe ser entendida con rigor cronológico—entre las guerras napoleónicas, de una parte, y las dos mundiales, de otra, encuéntrase encuadrada en un tremendo marco, dentro del cual la imagen comprendida se halla tanto más delimitada cuanto que contrasta, por su pacifismo efectivo y por todo lo que éste implica, con los sucesos que la inician y la cierran.

No hace falta una visión demasiado aguda para percibir cómo sobre las conmovidas tierras europeas se encuentran seriamente comprometidos los principios más característicos del siglo XIX: la libertad, el sentido indivi-

dualista, la creencia en un orden espontáneo, la confianza devota en la técnica, la esperanza ilimitada en el porvenir. No han cambiado sólo determinadas ideas, sino el ambiente general, el temple mismo de la vida, esa luz optimista, como de inmediato amanecer, que presidió continuamente la vida de nuestros antepasados decimononos, infiltrándose por doquiera, dentro mismo de los que tomaban una postura de protesta y rebeldía contra las tendencias dominantes del siglo. La actitud ante la vida ha cambiado fundamentalmente en cosa de muy pocos años, y las ideas que gobernaban fácilmente la vida del hombre decimonono, arrancando, más o menos conscientemente, de una concepción antropológica excesivamente optimista y proyectándose sobre un porvenir irizado de promesas, se encuentran sustituidas por la revelación súbita de las profundidades abismales de lo humano y por la espantosa perspectiva, en buena parte realizada, de la destrucción moral y física de esa civilización occidental, que se creía impulsada espontáneamente hacia un progreso indefinido.

Bastante natural resulta que el angustiado hombre actual vuelva la vista hacia atrás preguntándose por las raíces de este grave cambio repentinamente acontecido; natural es que el hombre actual se pregunté cómo venía preparándose subterráneamente bajo tan gratas apariencias alteraciones tan fundamentales y en qué medida puede buscarse en nuestro próximo pasado presentimientos, orientaciones y consejos.

III Tipos de pensadores políticos decimononos

Esta manera de interrogar la historia décimonona es ciertamente nueva por las preguntas que plantea, por el acento del lenguaje y por la urgencia de nuestra demanda. Nueva es también la perspectiva que por el solo hecho de preguntar de esta manera han tomado ante nuestros ojos los abigarraos acontecimientos del siglo anterior. Así, concretándonos al tema que nos interesa, la atención enfoca espontáneamente en nuestros días una serie de pensadores políticos que antes merecía muy poca consideración.

Si repasáis cualquiera de los manuales de ideas políticas, encontraréis que casi todos los capítulos dedicados a los decenios decimononos están repletos de figuras más o menos extravagantes, en el sentido estricto del término: impulsores simplistas y generalmente irresponsables de ideas unilaterales, pensadores extremistas y utópicos de otras, bastante más reducidas y condicionadas en la realidad, o precursores de mitos que hoy día han demostrado todo lo que llevaban encinta.

Lo que pensaban los hombres más sensatos y responsables del siglo interesaba poco frente a las elucubraciones de unos cuantos solitarios u hombres de secta, más o menos originales y grauitos. Por lo general, la patente de ingreso en los tratados de ideas políticas se concedía por la estridencia que el teorizante acertaba a dar a sus ideas. Resultaba mucho más fácil exponer y comprender luego cuatro ideas mecánicamente trabadas, que enfrentarse honradamente con los múltiples problemas que planteaba la multiforme vida del siglo, tratando de dominarlos políticamente sobre la base de una previa elaboración conceptual, por necesidad

compleja, condicionada y aun con cierta dosis de contradicción.

Pero hoy en día el historiador de las ideas políticas se siente atraído por pensadores políticos de este último estilo. Interésale, sobre todo, su sentido de la responsabilidad, que a lo mejor se esconde bajo reservas y vacilaciones; su afán universal de conocimientos, que a veces se disfraza de improvisaciones y aun de pedantería; su sentido de la prudencia, que acaso se juzgue excesivamente resignado y condescendiente; un cierto dejo de pesimismo, que late incluso bajo las formulaciones excesivas con que es preciso pagar tributo a la época. Sí, por una agudeza de visión que hace posible nuestra actual situación histórica, descubrimos una honda vena de preocupaciones, que so capa de tanto oropel y seguridad superficiales discurrir secretamente por las mentes mejores del siglo. O, si queréis, que mana de los corazones más nobles. Porque lo primero que se echa de ver en bastantes de esos políticos—entre los que nuestro Cánovas se cuenta—con facilidad desdeñados u olvidados tras escritores simplistas de mentes abstractas, parciales o resentidas, es que se trata de hombres de cuerpo entero, que al lado de una visión clara y aguda disponen de una certera intuición para el mando y de nobles condiciones morales.

Son políticos capaces todavía de enfrentarse—a pesar de sus múltiples ocupaciones prácticas—con los diversos problemas de carácter teórico, que en la cultura de su época se encuentran planteados como presupuestos imprescindibles de la concreta tarea política. Muchas veces sus respuestas tienen un fácil carácter ensayístico, pecan de improvisadas o de resuélvelotodo; pero pocas veces deja de descubrirse en ellas una honrada actitud intelectual. Ese tipo de político siente todavía respeto por la ciencia y por la moral, y no trata de suplantárselas, como es frecuente en nuestros días, por fórmulas arbitrarias ni mitos embaucadores; no ha perdido tampoco el sentido de la medida y de la responsabilidad.

IV Vocación intelectual y política en Cánovas

Si repasamos los tomos de los "Problemas contemporáneos" canovistas, encontraremos una enorme variedad de temas, que va desde los literarios y económicos hasta los metafísicos; una intuición para captar sus enlaces y consecuencias, un caudal abundante de conocimientos y atisbos en las respuestas y, sobre todo, un instinto para encontrar su respectivo peso político a las más abstractas teorías, que no puede menos de sorprender, instinto que da una interna unidad a las multifacéticas páginas y que presta al libro su mayor interés actual. No será fácil contener alguna irónica sonrisa ante pretensiones tan universales de saber, como por los días del autor hiciera un crítico agudo y malévolo: Clarín. También en su tiempo los profesores krausistas, pontifices máximos de una ciencia rigurosa, teutona y sublime, pasaban la vista compasivos sobre aquellos discursos impresos, llenos de pasión retórica, de reticencias políticas, de insuficiencias bibliográficas, dominados por dependencias y prejuicios galos. Luego, los hombres de la generación del 98, utópicos y fabulosos dentro de su honradez y aun de su realismo, clamarán

contra el mundo político que las ideas canovistas presidian, tachándolas de retóricas al mismo tiempo que de desencantadas, de artificiales e interesadas al mismo tiempo que de inanes.

Pero, sin embargo, cualquiera que lea hoy en día las páginas de los "Problemas contemporáneos" no podrá menos de percibir, a pesar de todas las deficiencias y del enfoque eminentemente práctico y político, una extraordinaria capacidad intelectual y de la mejor cepa, un "enorme talento", que cierto crítico poco inclinado hacia Cánovas, al menos por los años en que emitiera el juicio, Ortega y Gasset, no tiene inconveniente en considerar como "tal vez el más grande de su siglo en España para cuestiones ideológicas, si hubiera podido dedicar a ellas la vida". Por encima de la estricta vocación política desputa en Cánovas, y repetidamente la confiesa, una verdadera vocación intelectual, que de manera patente demuestra en una afición casi maníaca al libro. "La vida práctica—dirá—siempre fatiga y desazona a los hombres, y, más que en otras, por fuerza en épocas de luchas grandes y grandes mudanzas. No hay más que un reposo reparador entonces, que es el del estudio y la meditación. Estudiando, meditando, se hace de nuevo productivo el entendimiento esterilizado, la enferma voluntad convalece y recobra sus alas."

La vocación política, sin embargo, se sobrepuso desde el principio a la intelectual, no sofocándola ciertamente, sino encauzándola; pero, de todas formas, reduciéndola y mutilándola. A lo largo de casi toda su vida Cánovas encontrará hueco entre sus agobiadoras tareas prácticas para participar en los trabajos de las Academias y del Ateneo y para al menos desflorar las novedades literarias que van engrosando continuamente su biblioteca, de más de 30.000 volúmenes. En algunas épocas dedicará más espacio al estudio. En 1884 tuvo incluso el propósito de confiar la presidencia del Gobierno conservador a Romero Robledo para poder dedicarse seguidamente a sus trabajos históricos; si no realizó su propósito fué por la resistencia de los prohombres del partido y del Rey, y ante todo por el sentimiento del deber. "El deber, y sólo el deber—decía don Alejandro Pidal—, le hacía sacrificar el íntimo goce de los libros, a los que sólo podía dedicar ratos sisados ocultamente a sus abrumadoras ocupaciones, lo que le hacía graciosamente decir: "Yo estudio como otros roban pañuelos."

Pero justamente esta presión intelectual es la que, en buena parte, da su valor a las ideas políticas de Cánovas, que aparecen así como fruto de la unión entre una actitud mental fresca y penetrante, y una ocupación efectiva en las tareas políticas. No se trata de abstractas elucubraciones surgidas en solitario y distanciado enfoque de la realidad política, sino de meditaciones y juicios nacidos en trato íntimo y eficaz. En esta conjunción de la doble vertiente en las ideas políticas, sobre las que al principio de la conferencia fijábamos nuestra atención, estriba la riqueza, el interés, al mismo tiempo que la deficiencia y las dificultades de comprensión del pensamiento político canovista.

V

Filiación histórica y nivel del tiempo

Para poner de manifiesto en sus distintas dimensiones el valor de ese pensamiento, es preciso recordar brevemente lo que habían sido ante de Cánovas las ideas políticas en la España decimonona. Antes de la Restauración, nuestro siglo XIX está sometido a una serie de cambios políticos tan continuos y motivados por causas tan extrañas y aun peregrinas muchas veces, que un estudio riguroso de las ideas políticas correspondientes carece en buena parte de base. Las ideas políticas muestran una eficacia escasa entre el conglomerado de factores de todo orden, hasta el más pintoresco, que determina el curso político de los tres primeros cuartos de siglo. Ciertamente que no se puede dejar de tener en cuenta en la historia política ese orden de las ideas, pero se presentan de forma tan fragmentaria, extensa y gratuita, que todas las precauciones son pocas. Erraría el camino quien intentase tomar nuestras teorías políticas decimononas como exponente o guía de la verdadera realidad española, a la manera que pueden serlo, por ejemplo, las de un Guizot o un Stahl. El ramillete de ideas lindamente combinado ante un círculo académico, las lanzadas con retórico "pathos" sobre el hemicycle parlamentario, las expuestas en un escrito, casi siempre de tono panfletario, son, por lo general, bastante menos decisivas para conocer el efectivo sesgo de la política española que el gesto de una espada, la intriga de cierto diplomático extranjero, los manejos de una sociedad secreta o el capricho de la Corte.

Existen, ciertamente, rellanos en el camino; la convulsión política se detiene por unos meses, quizás años, y en torno a un texto constitucional se aclaran y sistematizan, hasta cierto punto, las ideas; acaso un equipo gubernamental logre instaurar un cierto orden en la marcha de los negocios públicos; algún político, práctico o teórico, que consigue destacar sobre la confusa mediana, aparece, observado desde nuestro punto de vista actual, como hito más o menos eminente y representativo; pero tratase de fenómenos aislados, inconexos y, con frecuencia, de significado exclusivamente personal, solitario. Los esfuerzos más decididos e inteligentes no consiguen contener la constante desgracia de la política española. Procedía de antiguo, pero al sobrevenir "la revolución moderna—proclamará Cánovas—fué cuando nos salimos ya del todo, no sé si para siempre, del cauce universal del progreso, porque ella no ha sido entre nosotros pasajero fenómeno, sino el estado normal de tres cuartos de siglo".

Pero cuando llega la Restauración, la cosa cambia. Tras el lustro más agitado acaso del siglo, en desacuerdo paradójico con el de los otros pueblos europeos en trance de decidida ascensión, los ánimos españoles se apaciguan. restablécese la antigua dinastía y con ella el orden social; inspirado por la aleccionadora experiencia política del siglo, se consigue levantar un edificio institucional, donde encuentran acogida y desarrollo una serie de ideas políticas y concreciones legislativas que constituyen un verdadero "régimen", en cuyo seno se organizan las fuerzas políticas con un sentido de responsabilidad, de mesura y solidaridad. Entonces, por primera vez en la España decimonona, se puede hablar en sentido institucional de una verdadera forma política, y las ideas de este orden no son ya algo meramente individual, sino que se corresponden con una determinada realidad, a la que hasta cierto punto informan, y

en la que encuentran sustento para su enunciación teórica.

Los factores concurrentes para hacer factible tal situación política, que dara a España medio siglo de paz, no pueden menos de ser muchos y diversos: desde el cansancio y la fatiga, tras tanto desquiciamiento, hasta el inevitable contagio de una época tan estable y creadora en el resto de Europa. Pero entre los diversos factores históricos que cooperan en la época de la Restauración, siempre será preciso destacar en muy primer lugar el factor singular y personal que Cánovas significa.

Hasta cierto punto cifra en su experiencia política los mejores intentos realizados a mediados del siglo. Iniciada su carrera política cuando se elabora la Constitución del 45, en que vienen a tener algún sosiego los constantes e inciertos afanes liberales comenzados con la muerte de don Fernando, pronto figura Cánovas en destacado lugar dentro de la Unión Liberal, que se esfuerza por centrar la vida política del país, sometida a tan fuertes vaivenes. Las ideas políticas canovistas siguen el cauce liberal conservador, que por influjo francés recibe el nombre de doctrinario. Cauce amplio, determinante sólo de ciertas orientaciones, pero que en líneas generales se delata, "mutatis mutandis", respecto de las ideas canovistas en los momentos de su máximo relieve histórico. En mi libro sobre el "Liberalismo doctrinario" me he ocupado de ese entronque.

Pero ahora interesa hacer breve referencia junto a esa línea de filiación temporal a la otra línea extensiva, horizontal diríamos, que sitúa a Cánovas y a su pensamiento en el nivel de su época. En este sentido puede decirse que Cánovas ofrece una personalidad y una obra política que admiten parangón, como las de ningún otro político español decimonono, con las de los primeros políticos de su época, y eso que en ella, casi coetáneos, aparecen hombres de la talla de un Bismarck, un Cavour o un Disraeli. Hacia sus decenios séptimo y octavo, el siglo pasado presenta una pléyade de gobernantes de primera fila. Los grandes políticos de la primera mitad del siglo XIX habían mostrado más bien un sentido moderado de restauración y mantenimiento; este otro tipo de hombres públicos de la segunda mitad presenta acusados rasgos de iniciativa, de sólida creación, e imprime a sus obras un fuerte sello personal. Realizase entonces la unidad política de los países de Centroeuropa, y el capitalismo se desarrolla intensamente, en íntima conexión con la conciencia nacional e imperialista en auge. Los políticos se encuentran con grandes tareas por realizar, y saben hacerles frente. Entre tales políticos se cuenta en destacado lugar—como reconociera Bismarck, el más eminente de todos—Cánovas del Castillo, aunque su obra fuese menos vistosa exteriormente, si bien encerrara ínternas dificultades acaso superiores a las de otros países por la situación descompuesta en que encontró a su Patria cuando tomó la dirección de sus asuntos públicos.

VI

Doctrina y arte políticos: el posibilismo canovista

En los breves límites de estas conversaciones no es posible sino trazar rápidamente las líneas generales de la obra política de la Restauración y en especial lo referente al pensamiento canovista. La elección del tema no es ar-

bitraria, porque Cánovas, como antes se ha dicho, dió una gran importancia en la política, aunque fueran indudables sus dotes prácticas, a las cuestiones de principio.

Con insistencia repetirá Cánovas que no es posible ir a la política sin un conjunto de "verdades-madres", que orienten la acción por el revuelto campo de Agramante de la política española. "No hay derecho para intervenir en las cosas de los demás hombres, juntos con nosotros en nación y patria, sin deliberadas y formales doctrinas a que se ajusten, hasta donde sea posible en la práctica, todos los actos." "No hay materias—apuntará Cánovas en su trabajo sobre los arbitristas—en que quepan tantos y tan singulares errores como en los de administración y gobierno, y en que más número de personas pretendan entender, no obstante, como si estuvieran a mano de cualquiera." Pero únicamente el imparcial, concienzudo y tranquilo estudio de los problemas sociales en toda su profundidad y extensión puede oponer algún dique a la desatada corriente que arrastra al hombre "a olvidar el derecho por el poder, buscando en la sola eficacia del segundo el bien común".

Tal reconocimiento de las "verdades-madres" no implica una estructura rígida de la construcción conceptual de la política. Repetidamente condena Cánovas el carácter abstracto de los principios políticos tanto de unos como de otros partidarios. La política es cosa antirradical, condicionada e histórica. El caudal de ideas, según Cánovas, no ha de servir para imponer fórmulas inexorables a la realidad, sino para palpar las circunstancias con el auxilio de una medida que permita estimar "la aproximada proporción con que lo general ha de introducirse en lo peculiar". Si es cierto que no puede irse a la realidad política en actitud meramente empírica, no lo es menos que resulta imposible aplicar directamente a aquélla las máximas de una ciencia rigurosa.

El arte político ha de estar iluminado y dirigido por la ciencia política, pero arte y ciencia del Estado son dos entidades distintas por íntimamente unidas que estén. Es preciso no ejecutar nada que estorbe la realización de la parte posible del ideal, y Cánovas se mostrará orgulloso en la introducción a los "Problemas contemporáneos" por haber actuado siempre así; "pero no es menos cierto que la especulación y la práctica, o la ciencia política del gobierno, son cosas distintas para el hombre, sin que basten a juntarlas en uno las más enérgicas convicciones individuales." Con innegable actualidad en tiempos en que tanto relativismo intelectual ha venido a parar en un decisionismo a ultranza, desatendiendo las más elementales exigencias de acomodación, Cánovas proclamará que nadie tiene derecho a sacrificar una nación "a una convicción suya, por honda, por sincera, por verdadera y legítima que en sí sea". La política no es "sino el arte de realizar en cada momento histórico aquella porción del ideal del hombre que taxativamente permiten las circunstancias". Tal principio, expresado con distintas variantes, será lema continuo de la política de Cánovas. "Decir política—afirmará frente a las pretensiones de abstractos economistas—equivale a decir ciencia de lo mutable, de lo relativo y contingente; ciencia sujeta en sus convicciones prácticas al siglo, al pueblo, al momento en que su consiguiente arte se ha de aplicar."

Con certero tino ataca Cánovas el

tendón de Aquiles del adversario: un concepto de ciencia que desde el campo de la física matemática trata de extenderse al de las ciencias del hombre y, concretamente, de la política. Pero pretender hacer de ésta una ciencia rigurosa, exacta, que reduzca todo lo mutable y contradictorio de la realidad a leyes sencillas y terminantes, es algo que está en contradicción con la realidad misma. "Venga acá y dígame el más presumido de los seudosabios...: ¿cuál de las antedichas ciencias, ni separada ni junta, ha acertado a impedir que la vida real tropiece con una "mezcla informe de elementos opuestos", donde a un tiempo florezcan los más contradictorios juicios y coexistan las soluciones que más pugnen? Precisamente esa mezcla y las contradicciones esas constituyen lo más de la vida misma: ¿qué culpa tengo yo en no ver a ésta sino tal cual es, sin darle a mi antojo ser o forma ni intentar la empresa loca de arreglarla a mi albedrío?"

Vano será demandar al político decimonónico un sistema orgánico de doctrina bajo la cual desaparezcan toda oposición y toda antinomia. Un político español, en la realidad concreta de su país y de su época, no puede "soñar—dirá Cánovas—con cosa parecida". Mas no por ello ha de merecer el calificativo de escéptico. No puede estimarse escepticismo la honrada actitud consistente en no admitir la infalibilidad de fáciles dogmatismos, como los de un "laissez-faire" liberal o los rigores de las tendencias contrarias. "Participar del nativo deseo humano de alcanzar el absoluto bien o de acercarse cuanto sea posible a la perfección abstracta no es lo mismo que imaginarse que aquél y ésta se escondan tras cada esquina y a la hora que se busquen precisamente. Lo primero es sólo rendir justo tributo a la espiritualidad de nuestro ser; lo segundo pasa muy fácilmente a necedad ridícula."

Pero por encima de estas reservas sustanciales, Cánovas no tendrá inconveniente en proclamar la continuidad y homogeneidad de su doctrina, enunciada a través de circunstancias muy difíciles y sobre temas bien dispares. "Por mi parte, y sea la casualidad o indeliberado acierto (que a todo me avergo, con tal que conste el caso), la verdad es que desde que en edad bien corta comencé a dar mis pensamientos a la imprenta o decirlos en público, hasta este día—escribirá en la Introducción a sus "Problemas contemporáneos"—, ninguna modificación, absolutamente ninguna, he tenido que hacer en mis opiniones religiosas, filosóficas o sociológicas, ni en las fundamentales sobre el derecho público." Los adversarios verán en esta confesión una muestra máxima del tan traído y llevado orgullo de Cánovas. Ante el lector de nuestros días no se sostendrán en pie todas las partes de los escritos canovistas; advertirá sin duda superficialidades, endeblez enemigos fabulosamente levantados, otros menospreciados a pesar del tamaño regular, fáciles generalizaciones filosóficas tomadas de tercera mano, falta de calor a veces, acaso sequedad espiritual; pero lo que no puede negarse a la obra en su conjunto es amplitud, gravedad de juicio, consecuencia del rumbo, y una granazón que exigen una mirada crítica amplia y generosa. "Cánovas—dirá con terminología de la época don Alejandro Pidal—no merece el análisis. Cánovas es digno de la síntesis, como toda personalidad definida, fecunda y vigorosa."

VII

Raíces religiosas de los fenómenos políticos y sociales

Si escarbando por debajo de las ideas y actitudes inquirimos por el temple vital de Cánovas, nos encontraremos con una pretensión, y aun con un natural también, de "juste milieu" o, si se prefiere, con más clásica expresión, de "mesotes" aristotélico. Cánovas no incurre en el fácil optimismo de ciertos sectores liberales, y sobre todo positivistas y socialistas. Su afán es también en estas capas hondas de la vida anímica integrar las actitudes contrapuestas en que se ha escindido el temple espiritual del hombre moderno: ni optimismo exagerado ni tampoco pesimismo. "Para quien seriamente piensa en los grandes y eternos conceptos de Dios y del hombre, del individuo y de la especie, de las naciones, de las razas, del Estado y de sus miembros, de la libertad y de la autoridad, del cuerpo físico y del alma espiritual e inteligente...; para quien dilata su conciencia por las regiones serenas de la verdad indagada, demostrada y elevada a científica, ni uno ni otro falso sistema de estimar la vida puede o debe tener crédito alguno. Lo que importa descubrir y exponer no es sino la realidad de las cosas, en general, y aquí especialmente, la de las cosas humanas; la cual realidad, por igual manera desmiente los optimismos que los pesimismo arbitrarios." Pero si entre ambos peligros hay que distinguir el más dañino, Cánovas señalará decididamente al optimismo. "No sé si reputaréis paradoja lo que voy a decir; mas yo pienso en pureza, señores, que son los optimistas, ya que no los más malos ciertamente, sin disputa los más peligrosos de los hombres." Los pesimistas, percibiendo sólo en el hombre lo malo que tiene, suelen entristecer y aun achicar la vida; mas, al fin y al cabo, no la corrompen; "los optimistas, por el contrario, falsificando la naturaleza y el objeto real de la vida, la corrompen primeramente, y, mal de su grado, la llenan luego de desengaños y, por consiguiente, de tristeza."

Cánovas, ya al final del siglo XIX, cuando los ánimos se dejan arrastrar por la prodigiosa floración de la ciencia y de la técnica modernas, no se deja llevar por las apariencias. Sabe que tras tanto progreso se esconde el desgaste de muy sustanciales valores. En el fondo, su alma se siente inclinada al pesimismo; su mirada profunda descubre la endeble raíz de tantas ilusiones coetáneas, y con paradójica pero certera intuición hará notar que "todos cuantos el cristianismo desdeñan son necesariamente optimistas, porque, considerando al mundo como objeto absoluto, tienen que imaginarlo perfecto en sí y estropeado por las instituciones humanas". En el fondo del optimismo moderno lo que hay es renuncia o, sencillamente, pérdida de elevadas escalas estimativas y empobrecimiento espiritual.

Con certera intuición, Cánovas combatirá en su entraña los peligros amenazadores de la sociedad, descendiendo hasta el último estrato de los problemas políticos, hasta su raigambre religiosa. No ha sido suficientemente puesta de relieve la preocupación constante, profunda y cabal de Cánovas por los problemas religiosos. A través de todas las cuestiones de carácter filosófico, social y político, económico, etc., la vista

aguda de Cánovas descubre un trasfondo, una raíz religiosa. El problema clave, matriz de todos los que tiene planteados el mundo contemporáneo, es para Cánovas el hecho del apartamiento creciente de la sociedad respecto de las creencias cristianas. Según Cánovas existe una dependencia rigurosa de los distintos órdenes de la vida social respecto del religioso; en él descansa la verdadera estabilidad social, y en lo que en él ocurra hay que buscar el origen de las conmociones y de los desasosiegos políticos... "No solamente los concretos y positivos males que en realidad se experimentan, sino la inquietud íntima, la agitación inexplicable, los terrores exagerados o, cuando menos, faltos de inmediato fundamento, todo el vago malestar, en suma, que siente el mundo culto provienen de la incredulidad o de la duda, que desde la conciencia individual se ha ido transmitiendo poco a poco a la que en cierto modo cabe llamar, y de ordinario se llama, conciencia pública." El problema religioso, que antes se daba principalmente en el seno de la conciencia individual, la ha desbordado y ha adquirido un carácter "político, sociológico, universal". "No es hoy, no, cualquier hombre aislado quien duda, niega y prescindir de Dios, sino tanto número de hombres que pretenden poseer y llevar la voz de la sociedad entera." Lo evidente es que sin el cristianismo no resulta posible mantener la estructura social. Será posible por algún tiempo vivir de ciertos sustitutos humanitarios del cristianismo, que todavía conservan, secularizado, un resto de su sentido, pero, cuando se vaya perdiendo paulatinamente, acabará por quedar entregada a los horrores del comunismo y a las violencias de un nuevo Estado salvaje la civilización moderna.

Dentro del orden político de su tiempo, Cánovas pondrá de relieve la raigambre católica de los principios fundamentales de la sociedad, que tienden a destruirse por sí mismos a medida que se alejan de su fuente religiosa. Tal sucede con la idea del progreso, que, llena de impulso y de atractivo a principios de siglo, cuando estaban recientes los ecos de su secularización, ha ido perdiendo sentido y contradiciéndose a lo largo del siglo en brazos de la concepción positivista hasta identificarse con la pura fuerza. El determinismo junta las manos de la libertad y el progreso por medio de férreas cadenas, que privan a ésta y aquélla de toda acción. Para los materialistas, progreso significa desenvolvimiento, evolución, transformación; pero para los espiritualistas el progreso significa más: "significa dirección constante y deliberada hacia un fin y un Estado absolutamente mejor que el que ya existe". Sin ley superior que ir consciente y sucesivamente comprendiendo y realizando, no hay progreso, pues, sino puro y simple movimiento. Progreso verdadero sólo puede haber en el espíritu. Por eso—afirmará Cánovas—es en la concepción cristiana donde verdaderamente existe, y así ha sido reconocido desde San Agustín, que de manera explícita afirmó el auténtico proceso histórico, el verdadero progreso desde el origen primero hasta el fin del hombre.

Y en cuanto a la clave del mundo liberal, Cánovas pondrá de relieve que si no se cree en un Dios esencialmente libre y que el hombre participa a su modo de esa libertad, no será posible mantener ésta en la organización social. "Donde el hombre quede a solas con el hombre bajo el patronato y la dirección ex-

clusiva del Estado, todo tiene que ser mucho más duro y receloso; el Gobierno, órgano del Estado, y la familia y la propiedad, que constituyen su interior contenido." Aunque en abierta rebelión contra lo trascendente y absoluto, se hallará atado el hombre por lo jurídico a la inquebrantable cadena del orden social; pero por muy immanente que sea, resultará mucho más fuerte y abrumadora. El positivismo no puede desembarcar, después de las desintegraciones que produce, sino en el absolutismo estatal.

Sobre las ruinas de las antiguas creencias se levantará "el dios-Estado, el Estado representante de la Humanidad pura, realización y glorificación suprema de su espíritu": un Estado omnipotente que nada dejará fuera de su dominio desde la propiedad material hasta las más íntimas creencias. Ese Estado verdaderamente absoluto, que va preparando el derrumbamiento creciente del orden antiguo por la paralización del motor de creencias que la mantenía en marcha—la doctrina cristiana es, para Cánovas, "una especie de rueda catalina" en el juego de las leyes económicas—, ese Estado que ya Cánovas entrevió cómo se va levantando en el mundo germánico, es el gran peligro que amenaza a la civilización occidental, al que sólo cabe oponer eficazmente las creencias religiosas. El orden social puede compararse ahora — afirma Cánovas — "a una medalla con el cristianismo en el anverso y en el reverso el socialismo, y hay que escoger entre las dos caras forzosamente".

El planteamiento del problema y el dramatismo que lo conmueve son muy parecidos a los de un Donoso, al que repetidamente se referirá Cánovas en sus escritos, aunque la manera de buscar la solución difiera en grado importante. Cánovas se encontrará lejos del último decisionismo donosiano por su propio temperamento político y por una distinta apreciación de la realidad. No cree menos Cánovas que Donoso en la íntima trabazón entre el orden político y social de una parte y el cristianismo de otra, pero dentro de un condicionamiento histórico y con intervención de una serie de factores estrictamente religiosos, fuera del alcance del político, que le fuerzan a tratar la cuestión con especial cautela y modestia. La cultura cristiana, como distinta de la propia fe sobrenatural, se encuentra sometida al cambio de los tiempos, y es necesario buscar la estructura social que, al amparo siempre de esa creencia, corresponda al nivel de la época sin pretender arcaicas restauraciones imposibles. De otra parte, el mundo religioso tiene su estructura propia, que en su esencia se encuentra fuera del alcance del político, y que éste puede, a lo más, defender y proteger, sin que le sea dado verdaderamente incrementarlo. "Hay mucha más fe religiosa por el mundo—afirmará Cánovas—que los escépticos piensan"; la religión es, según él, "cosa tan propia del hombre y tan indispensable que basta dejarle el camino expedito para que de nuevo brote y crezca y se extienda rápidamente por dondequiera que sus ramas estén marchitas, ya que del todo secas en ningún momento se vean todavía". Pero, políticamente, lo que se puede pedir no es fe en sí, sino que se la ampare y proteja en su propio desarrollo. Lo que de los políticos quiere exigir Cánovas no es que "tengan fe, pues es pretensión ésa que a otros toca formular con mejores títulos"; afánase en "más modestos intentos": mostrar las

consecuencias sociales de las creencias religiosas. El problema político religioso será así planteado por Cánovas no en el terreno de la teología política, en el sentido de Donoso, sino, como él dice, sin salirse "de los límites de la sociología".

VIII

Postura crítica de Cánovas frente a los problemas intelectuales de la época

Hay que tener muy en cuenta la época en que Cánovas escribió para discernir el sentido y el valor de su pensamiento. Los años por que Cánovas escribiera, del 70 al 90, son los más oscuros para la especulación filosófica de toda la centuria: la concepción materialista domina casi completamente las universidades europeas. Se han apagado los ecos de la filosofía idealista, el espiritualismo ecléctico se encuentra enteramente desplazado, la escolástica recobra fuerzas con lentitud y apenas apunta la reacción filosófica sobre bases neokantianas. Difícil es meditar en tal coyuntura del pensamiento filosófico, y no cabe exigir a Cánovas más de lo que puede dar y, sobre todo, de lo que pretende. Sus miras se enderezan a despejar en lo posible la zona de cuestiones filosóficas inmediatas al quehacer político, a poner en evidencia principios cardinales en trance de ser desconocidos, a montar, aunque sólo sea provisionalmente, los supuestos requeridos para la inmediata tarea política y, en buena parte, a fomentar las esperanzas que pueden dar alientos en la época. "Dada la presente anarquía filosófica—dirá—, no cabe oponer a tales protestas verdades que, por unánime consentimiento admitidas, desde luego las hagan vanas. Por fortuna, tampoco es indispensable la exposición de un nuevo sistema para destruir por medio de la crítica, según intento, las injustas pretensiones de los sociólogos modernos...; basta defender contra los ambiciosos propósitos de algunos naturalistas en nuestros días, contra el exclusivismo de sus peculiares métodos, contra sus negaciones de toda filosofía, los tradicionales principios de las ciencias morales y políticas, guardando con amor y entereza cuanto se ha tenido hasta aquí por cierto, mientras no haya otras verdades demostradas."

Impulsado por la situación espiritual de su tiempo y por el carácter político de los fines que persigue Cánovas con sus esfuerzos, y aun el propio de su temperamento y de su inteligencia, plantea la contienda en un terreno práctico, llevando el orden teórico de los problemas a un plano de hipótesis. Claramente lo manifiesta el título de su discurso de la Academia de Ciencias Morales y Políticas: "¿Las últimas hipótesis de las ciencias naturales dan más firmes fundamentos a la sociología que las creencias, aun miradas también como hipótesis, en que las doctrinas sociológicas se habían basado hasta ahora?" Forzado a buscar las más amplias bases para dar asiento a la inmediata tarea política, Cánovas se cree obligado a establecer una amplia distancia especulativa "entre la duda inagotable que persigue el conocimiento por dondequiera que temerariamente se lanza y la permanente certidumbre del principio moral". Es un planteamiento que Cánovas mismo reconocerá insuficiente, pero que estimará imprescindible en las circunstancias de su tiempo y en orden a los fines que como político debe perseguir.

